

La memoria revisada

Un texto duro y crítico de Fanny Rubio

MIGUEL GARCÍA-POSADA

FANNY RUBIO

La sal del chocolate

Six Barral
Barcelona, 1992.
237 páginas.
1.400 pesetas.

Comienza a ponerse de moda el nudo de cuentas novelesco con la memoria inmediata: la memoria de la izquierda. Lo han hecho recientemente José Antonio Gabriel y Galán en *Muchos años después* (excelente relato) y Lourdes Ortiz en *Antes de la batalla*. Lo hace ahora Fanny Rubio en su primera novela, que aparece tras de una larga dedicación a la poesía (cinco libros publicados) y algunas incursiones en el cuento. No estamos, sin embargo, ante una novela lírica. *La sal del chocolate* es un texto duro, crítico, donde el estilo, lejos de inclinarse a los matices poéticos, prefiere el desgarrado esperpéntico, el guiñol verbal, la sátira exenta de compasión. El título mismo cifra metafóricamente lo amargo, lo desabrido. Esta lente esperpéntica explica hiperboles y juicios de alcance más simbólico que real, que sólo tienen cabida dentro de la descalificación satírica.

A tal efecto Fanny Rubio ha concebido su relato como una especie de fresco (la nota editorial lo apunta con acierto) en el que se conjugan las perspectivas de quienes lucharon contra el franquismo y luego han derivado a situaciones por lo general acomodadas y lejanas de los planteamientos revolucionarios con las perspectivas de sus hijos, distantes ya de aquel tiempo, aunque inevitablemente determinados por él. El análisis de los triunfadores incluye asimismo el examen de las relaciones con sus mujeres, cuyos puntos de vista tienen un papel considerable en la novela, y ello añade una sobredimensión feminista al conjunto. El único personaje fiel a sus ideas, el pintor Veronés, aparece como alguien inexorablemente desplazado, ptoresco.

Importancia del diálogo

Esta concepción del relato como un fresco explica que no exista en puridad una secuenciación temporal, cronológica, salvo en sus primeros tramos: los puntos de vista de los padres (ellos y ellas) se combinan con los de los hijos, el ayer se mezcla con el hoy. Son los mismos hijos quienes hablan de ese ayer. De aquí se deriva la significación del diálogo, que domina insistentemente en la novela, donde las descripciones espaciales y las progresiones narrativas se diluyen o neutralizan. La vivacidad que ello aporta al texto tiene su contrapartida en cierta confusión: no siempre se perciben con claridad puntos de vista y situaciones. Pero quizá la autora ha pretendido suscitar una impresión de simultaneidad, de imbricación de elementos.

Como suele suceder en las novelas de conforación dialogística, las caracterizaciones precisas de los personajes se diluyen, se desvaen, y son las voces, constantes, plurales, quienes lo absorben y dominan todo. La organización externa de la novela en cinco capítulos, que lleva cada uno el nombre de un personaje, no hace sino ratificar este propósito. De hecho, sólo dos de esos cinco capítulos están contados en primera persona, y



Fanny Rubio.

eso con frecuentes interposiciones de otros personajes.

Hay algo de novela en clave en *La sal del chocolate*. Ello es en gran parte inevitable en una obra de estas características y dada la propia trayectoria de Fanny Rubio (militante del PCE desde 1953 hasta la crisis de las expulsiones que acabaron con el eurocomunismo). No es improbable, por ejemplo, que la figura del poeta Pablo Garza esté inspirada, al menos en parte, en la de Pablo del Águila, el inteligente y lúcido muchacho granadino que se quitó la vida en 1968, a los 22 años. (Su poesía se reunió en 1989). Sería posible apuntar todavía otras claves, aunque sin duda no ha sido el propósito de la autora el componer un *roman à clé*, sino abordar el análisis del derumbamiento de ideales y proyectos políticos, que eran también vitales.

Tal es el planteamiento. Lo que no resulta tan claro es el sistematismo de ese análisis. "La vida nos cambió", dice un personaje hacia el final de la novela. Pero el proceso de ese cambio queda si no escamoteado al menos elidido en sus términos sustanciales, arrinconado quizá por obvio: dista de serlo novelescamente. Si las páginas dedicadas a los *hamsters*, crueles como la naturaleza, pretenden simbolizarlo, son demasiado oscuras, aunque sean brillantes.

En unas declaraciones a este mismo periódico, Fanny Rubio señalaba que al contar esta historia quería reír con las nuevas generaciones, ya tan distantes de todo aquello. Y hay, en efecto, humor aquí, un humor desentrevuelto y en sí mismo fresco. Pero la risa no es contraria a la reflexión o presuposición moral: el caso de Valle es ejemplar, que en modo alguno ha de confundirse con el moralismo. No lleva esa laguna el relato — una historia interpolada — de la represión en Chile durante la dictadura de Pinochet. Seguramente contra el propósito de la autora, la narración se muestra a veces demasiado opaca sobre el particular.

La sal del chocolate es, con todo, una primera novela que trae una nueva voz a la narrativa española con voluntad de nutrirse de nuestra realidad, de nuestras obsesiones. Y esto ha de saludarse con esperanza.